

Más allá de los límites de una filosofía de Nuestra América

Alan Quezada Figueroa

Es la suscripción al orden de lo humano, la cuestión que durante mucho tiempo preocupó a los habitantes de la región latinoamericana, ¿cómo es posible tener una forma similar a la del humano occidental y sentirse fuera de su naturaleza?, ¿en qué radica la supuesta inferioridad de algunos grupos humanos y cómo se gestiona el orden de las razas? En palabras más técnicas y siguiendo a Leopoldo Zea, la pregunta sería: ¿cómo es que el humanismo europeo se convirtió en el arquetipo para cualquier otro grupo de seres que aspiraran a la humanidad? Frente a esta angustia de encontrarse al borde del *no ser* es que se manifiesta el anhelo por justificar nuestra existencia, pareciéndonos a los habitantes occidente; había que salir del orden de la vegetación regional americana y de la subhumanidad, para entrar en el orden de lo humano.

Bartolomé de las Casas será el pionero que apuntará la mira hacia los excesos del supuesto humanismo occidental, contra el aristotelismo de Juan Ginés de Sepulveda, para quien no era difícil aplicar las categorías del pensamiento aristotélico aplicado a quienes estarían fuera de la *polis*. Se acusaba así de bárbaros y subhumanos a quienes se hallasen fuera del territorio dominante, mismo que se extendería a Europa hacia la etapa de la modernidad, Es preciso advertir que para Zea la filosofía tendrá su germen en Grecia, por lo tanto en el occidente no se manifestará aquella necesidad por justificar la propia humanidad, porque ni siquiera se dudaría de ello.

Siendo que el americano tendía a dudar sobre su propio estatus humano, cualquier producto que saliera de él, participaría del mismo destino inauténtico, por lo tanto el pensamiento elaborado en estas latitudes podía parecer como menor, frente a los supuestos sistemas de pensamiento más necesarios y auténticos. Es así que al situarnos en ese callejón sin salida de la falta de originalidad, la respuesta será emular al pensamiento del que no se dudaría o bien, que nos daría una oportunidad de pertenecer a la civilización, menciona Zea: “¿Cuándo tendremos filosofía? Cuando seamos capaces de originar entre nosotros a algún Kant, Hegel, Fichte, Comte, etc.” (Zea, 2005: 15)

Como parte de este conflicto entre la civilización y la barbarie, en el transcurso de los años en el primer orden ya no sólo se encuentra Europa, se suma también Estados Unidos como modelo civilizatorio y ejemplo de una sociedad próspera. Sin embargo, y por más que se hiciera el esfuerzo por imitar a los grandes sistemas del pensamiento, el latinoamericano seguía escindiéndose, la herida colonial no sanaba, sino que se hacía más manifiesta en cuanto que cualquier sistema que buscara copiar, no le quitaría lo latinoamericano; a pesar de los grandes esfuerzos por pertenecer a un orden cultural, es

posible seguirse sintiendo externo. Esto no es más que el signo de alerta para la “emancipación mental”, para la superación de la obediencia hacia la cultura colonial.

Pero el oído y la mirada crítica aún no se aguzaban para escuchar la alarma, así como la mirada no captaba la destellante bombilla roja que nos trata de indicar peligro, de tal modo que no obstante con querer imitar la filosofía occidental, también tratará el latinoamericano de inscribir a sus instituciones en los valores nacidos en la próspera realidad occidental, de tal manera que la política, la economía y la cultura tratarían de entrar en un orden desarrollado, mientras que los recursos para llevarlas a cabo eran aún subdesarrollados. Lo anterior ha contribuido al enorme fracaso institucional que se basa en sistemas extranjeros copiados sin ningún filtro.

Muchos de los intentos para ir más allá de la occidentalización y llegar a ser verdaderamente occidentales fracasaron; señala puntualmente Zea el caso de Justo Sierra, quien quería que nos convirtiésemos en estadounidenses. La cuestión, para Alberdi, por otra parte, será que el ser humano mida su humanidad en ser lo que se es y no en ser francés, inglés o estadounidense.

En el Siglo XX la filosofía retoma la búsqueda de lo propio, asentada en la cuestión de lo que hace humano a un humano y se dedica a buscar esta distinción, aparecen personajes como: Caso, Vasconcelos, Korn, Vaz Ferreria y Deustúa, entre otros. Surge así un nacionalismo que busca asentarse en los pueblos propios y no ya en el arquetipo extranjero, se busca la salida a los coloniajes y anclarse en lo propio.

Sin embargo, el fantasma de occidente estaba tan arraigado, que los asiáticos, los africanos y los latinoamericanos todavía ponían en cuestión su estatus humano y su situación en el mundo. Cuando se desarrolla la pregunta filosófica se presenta un dejo de inautenticidad de tal modo que las preguntas y las propias respuestas parecen estar prefiguradas por el pensamiento occidental, “Pensamiento, ideas limitadas, nunca filosofía, entendiendo por filosofía un gran sistema.” (Zea, 2005: 24)

A partir de la crisis del pensamiento y la acción propias es que surge una preocupación por desarrollar lo propio y dejar de imitar los modelos europeos y estadounidenses, si no fuese posible, menciona Zea, al menos asimilar, que es hacer propio lo que parece extraño y no acomodar el propio ser a lo extraño. Para Simón Rodríguez seguir a estos países sería encaminarse al abismo en tanto que Europa es ignorante en política y Estados Unidos vive una realidad muy distinta a la del resto de América.

Si bien Zea reconoce la importancia de la originalidad, cree que ésta también se manifiesta tomando un cuestionamiento respecto de una idea extranjera, dado el carácter universal de la filosofía, ya que ésta nos plantea la relación con los demás seres humanos y con la naturaleza. La independencia de pensamiento también viene dada por el

cuestionamiento a la filosofía europea (Andrés Bello); como se mencionó al inicio, sin un Aristóteles como pilar, no hubiese existido un Sepúlveda o una Tomás de Aquino, pues ellos a su vez siguieron apoyándose de la supuesta originalidad del primero, de la que se desató la contradicción con Fray Bartolomé de las Casas, como uno de nuestros primeros pensadores, al menos del periodo moderno. Lo anterior quiere decir que ninguna filosofía se desarrolla de meras originalidades en todos sus periodos, autores y escuelas.

Es por ello que para Zea, la historia de nuestras ideas no es inferior a la de los europeos, sino distinta. Mientras unos han logrado utilizar el pensamiento filosófico como herramienta de dominación, los otros convierten a la filosofía europea en instrumento para las preocupaciones políticas (Miró Quesada). Si bien el latinoamericano parte de un supuesto conocimiento inauténtico, la filosofía occidental va a desacreditar esas creaciones como “malas copias”, “De la inautenticidad original se pasa a la autenticidad de la asimilación.” (Zea, 2005: 34)

Europa produce filosofías que los encaminan a la praxis, mientras que los latinoamericanos llevan a cabo las acciones y después la justificación de éstas. Estas acciones se desarrollan de la adopción de modelos extranjeros, en función de adaptarlos a la propia realidad. Un ejemplo de una filosofía adaptada a la realidad fue el marxismo de Mariátegui o bien, la praxis protagonizada por el Che Guevara y Fidel Castro.

Es a partir de la filosofía occidental que extraemos herramientas para pensar en nuestra misma dominación, es decir, que su mismo pensamiento engendró un cierto despertar en la consciencia latinoamericana respecto de la opresión y los medios de liberación. Piensa Zea que no se trata de buscar una verdad americana, sino una verdad para todos, la originalidad no debería buscarse como meta, sino como resultado de toda obra humana, “Lo importante es filosofar, pura y simplemente filosofar.” (Zea, 2005: 45) Incluso el copiar se lleva a cabo de forma distinta que el desarrollo original.

Nuestro pensamiento filosófico más que sistemas ha parido un enfoque en cuanto a problemas específicos, esto es, de una realidad concreta. Sucede así con problemas políticos, sociales y culturales que surgen de nuestra relación de subordinación con los valores occidentales.

Si a nuestro pensamiento filosófico se le es exigido un producto que lleve el mismo formato de la filosofía occidental, podría traducirse a una carrera que se comienza desde distintos puntos de partida: el latinoamericano tiene que obedecer a su circunstancia, tal como si en su carril hubiese obstáculos que le demandan otro tipo de movimientos que lo desviarán de la meta que se ha trazado como universal, pero que no es a la que debe avocarse. En tanto que no corremos a la par o por el mismo sendero, no logramos un estatus de competidores o bien, deportistas.

Nuestra filosofía tiene la particularidad de estar comprometida con la realidad, no importa que se ciñera o no a los cánones de los sistemas filosóficos supuestamente rigurosos del occidente. Los filósofos latinoamericanos han escrito tratados, pero también han dado paso a la acción (Sarmiento, Lastarria, Bilbao, Alberdi, etc.) sin importar si ésta se inscribiría en el formato filosófico en sentido estricto. Se trata de actitudes complementarios y no opuestas, saber hacer las cosas y saber para qué se hacen, en correspondencia con la tan atendida onceava tesis sobre Feuerbach, de Marx, que nos invita a transformar la realidad.

Es tan importante aprender la técnica, como saber aprovecharla de manera justa, los conocimientos deben de usarse para forjar conocimientos útiles que nos permitan transformar la realidad y resolver los problemas que en ella se manifiestan. La filosofía occidental no puede simplemente ser ajena, sino una parte sustancial de nuestras reflexiones. Si Leibniz siguió a Descartes en su pensamiento, esto no quiere decir que haya sido sólo un imitador, tal como se piensa de la filosofía latinoamericana frente a la producción filosófica europea. Esta modalidad puede funcionar con miras a un pensamiento universal, sin embargo para ello debe pasar un proceso de crítica también, “Nadie es extraño a nadie, todos son parte de una gran unidad que pese a las diferencias que, necesariamente se hacen patentes, forman un todo.” (Zea, 2005: 58)

Es así que a partir de la guerra civil española (1936) se extendió el pensamiento latinoamericano, sobre todo en México y Argentina, al arribar un grupo de filósofos *trasterrados* (Gaos) de España (Xirau, García Bacca, Ferrater Mora, Nicol, etc.). Gaos llama la atención sobre la universalidad de una filosofía que aparentemente está reducida a su circunstancia.

La crisis de la cultura occidental provoca el desarrollo del pensamiento latinoamericano (Ardao) y éste se mueve en concordancia con los planes de la universalidad filosófica. De este modo, Zea reitera que aun tratándose de una copia de la filosofía europea las circunstancias particulares la distinguirán de ésta.

Sólo la acción puede sacar al latinoamericano de la mera esperanza de un futuro brillante. Los recursos del territorio latinoamericano son pretextos también para el saqueo de la riqueza natural, el devenir fábricas coloniales y mano de obra barata. Bajo dicha particularidad, se trata de estar preparados frente a cualquier situación riesgosa que se avecine. Sin acción se está a la merced de cualquier imperio y se repetirá así la lógica colonial.

Después de la segunda guerra mundial el occidental puede hacer un examen de conciencia, “La mirada cosificadora del occidental se verá ahora neutralizada y dominada por la mirada igualmente cosificadora del no occidental.” (Zea, 2005: 83) Sartre capta la mirada del ser humano de color y reconoce que el blanco gozó durante tres mil años del

privilegio de ver sin ser visto. Los verdaderos humanos son las víctimas que negó el humanismo. Se trata de un supuesto humanismo que convirtió al no occidental en monstruo. Se desarrolla un giro en el que ahora el latinoamericano pondrá en cuestión el humanismo del occidental.

Se trata de desarrollar una filosofía que desenajene al ser humano que ha creado la técnica y la civilización del dominio, pero también al que sufre las consecuencias de dichas acciones; se busca desarrollar una nueva filosofía que cambie al mundo y lo haga más justo, “Es la resistencia a la enajenación colonial del no occidental la que hace patente al occidental su autoneajenación.” (Zea, 2005: 100) Se hace patente la necesidad de lograr una libertad auténtica, una que como a Fanon, le haga preferir ser un indígena en el peor momento de la desdicha que un colono, en función de su espíritu de justicia y de su pensamiento auténtico.

Es en la figura de Fanon que Sartre ve la expresión fuerte de la descolonización, Fanon a su vez nos advierte sobre la agonía de Europa y los peligros de seguirla con rumbo al abismo. Él no desea el colapso de Europa, pero tampoco su salvación, simplemente le da lo mismo si vive o si se hunde. La supuesta parálisis del mundo occidental es la entrada, piensa el martiniqués, en la historia, para hacerla esta vez más universal. Nos hallamos en los tiempos en los que se comienza a gestar la idea de un “hombre nuevo”, el colonizado comienza a exigir ser tratado como ser humano, no más pero tampoco menos.

Zea, por otro lado, advierte también sobre el peligro de desear la extinción del pensamiento europeo, ya que esto sería seguir en una etapa de subordinación ilustrada por el resentimiento. Con esto estaríamos en la misma dinámica de desear insertarnos en ese mundo que no ha podido ser nuestro.

Frente a Sálazar Bondy, Zea no cree que haya que comenzar por liberarnos económica y políticamente para hacer filosofía, sino que nuestra acción, de la que surge también la reflexión, es la manifestación de una filosofía propia. El latinoamericano debe librarse de la enajenación que le causó la acción de otros: “Desenajenarse es descolonizarse, dejar de ser instrumento, medio, de otros fines.” (Zea, 2005: 106).

El asunto del latinoamericano no es destruir al colonizador, sino construir sin dejarse colonizar de nuevo. Se trata de llegar a la libertad mediante la acción y el pensamiento, y es aquí en donde Zea arremete contra Sálazar Bondy, cuando éste manifiesta la necesidad de superar el subdesarrollo para hacer filosofía, responde Zea: “Con la anterior afirmación nuestra filosofía, en la expresión que de ella ofrece el filósofo peruano, sólo demuestra que continúa enajenada. Al parecer sólo podrá existir filosofía auténtica en pueblos no subordinados, en pueblos subdesarrollados.” (Zea, 2005: 112) Para Zea, la potencia filosófica se da ya bajo esas condiciones, sería absurdo mantener el autoengaño mientras estamos en proceso de liberación.

La inautenticidad de la filosofía no es entonces un problema del subdesarrollo, ya que esto sería seguir dependiendo de las expresiones occidentales. La autenticidad nos llega desde la posibilidad de resolver nuestros problemas desde las raíces mismas, “La autenticidad no ha de ser consecuencia de esa posible revolución social, política y económica, sino la base de su posibilidad.” (Zea, 2005: 114) Incluso nuestro autor reconoce que la filosofía de Sálazar Bondy es ya auténtica porque nos ayuda a pensar en el “nuevo hombre”. Es tan auténtica la filosofía que cuestiona al cuestionamiento sobre la humanidad del americano, como la que busca demostrar la propia humanidad, la que se pregunta por una filosofía propia. Incluso una filosofía que busca la similitud con la filosofía occidental tendrá rasgos de autenticidad en la pregunta de partida. El nuevo ser humano no someterá a otros, sino será el que impida esa posibilidad.

No sólo se trata de una filosofía americana, sino una filosofía sin más. Esa filosofía no sólo es posible, sino que ya es y ha sido, independientemente de su autenticidad o inautenticidad. Una filosofía de la acción que ayude a subvertir un orden en el que la esencia humana fue tremendamente reducida, para poder transformar dicho orden.

Las reflexiones de Leopoldo Zea como parte del debate con Sálazar Bondy, han significado un enriquecimiento sustancial para el pensamiento latinoamericano. Sin duda la extensión de ambos textos no determina su densidad filosófica y su fuerte construcción argumental. Si bien la discusión se hubiese enriquecido de manera sustancial al recuperar el pensamiento indígena (León Portilla), la respuesta de Zea significa un avance sistemático en la gestación de un pensamiento propio más crítico. Salir de la casa del *no ser* es un proceso angustiante de emancipación difícil de conseguir, a veces es más seductor sólo asomarse por la ventana, pero permanecer dentro, teniendo una falsa sensación de protección por parte del cobijo del pensamiento occidental; Zea nos abre la puerta en una invitación a la desenajenación, para salir hacia la realidad propia.